



LA CONFESION DE UNA NIÑA.

Vivia una cierta niña,
 en perpétua reclusion,
 sufriendo el genio intratable
 de su mezquino tutor.
 Este, pues, era un vejete
 algo simple y setenton,
 que al hablar de la tal niña,
 tenía el placer mayor
 en citarla por modelo
 de una buena educacion.
 «Es mi pupila (decia
 «dando firmeza á su voz),
 «tan austera en los principios
 «de la virtud y el pudor,
 «que por huir los escollos
 «de una vana presuncion,
 «su hermosura en el espejo
 «muy rara vez se miró.
 «Los caprichos de la moda
 «siempre miró con rubor;
 «Las tertulias, los paseos,
 «ni otra cualquier diversion,
 «pudieron mas en su gusto
 «que solo inspirarla horror,
 «y de atractivas lisonjas

«nunca el acento escuchó,
 «ni ellas jamás conmovieran
 «su inocente corazon.»

El buen hombre vejetaba
 lleno de satisfaccion,
 cuando vino un desengaño
 á sacarle de su error.

Una mañana de casa,
 como solia, salió,
 y al volver por cierto asunto

que olvidado se dejó,
 júzguese, pues, cuál seria
 su sorpresa y confusion,
 viendo á un jóven que acechaba

delante de su balcon;
 y mas lo fué todavia

cuando al subir, encontró
 que á otro gallardo manco,

rubio como el mismo sol,
 su pupila despedia

con un espresivo adios.

Entonces el buen vejete,
 mal comprimiendo el furor,

á la tal niña, in fraganti,
 bruscamente interpretó.

Y ella, con verdadera
ó fingida compuncion,
tras un momento de pausa,
su culpa así confesó:

Niña.

Es inútil ocultaros
que tengo puesto mi amor
en un jóven muy gracioso,
militar de gran valor;
y tambien debo deciros
que otro jóven trovador
me quiere, segun él dice,
con inestinguible ardor.

Tutor.

¿Pero tú quieres al otro?

Niña

Muchísimo, si señor.

Tutor.

Luego habrás desengañado
al segundo en su pasion.

Niña.

¿Cómo hacerlo si le quiero
con todo mi corazon?

Tutor.

Y ¿cómo haces, perversa,
para engañar á los dos?

Niña.

Es fácil cosa por cierto;
pues sabed los cito yo
á unas horas diferentes...

Tutor.

El talento ¡vive Dios!
para tal audacia envidia....

Niña.

Ciertamente que por poco
os asustais, mi señor,
aun antes de confesaros
que entretengo con mi amor
á mas de nueve galanes
tan hermosos cual la flor
que ostentan en la primavera
de sus ojos el verdor.
Y no debeis estrañarlos;
pues niñas de mucho honor,
dando citas á quinientos,
entretienen á un millon.

Tutor.

¡Oh, qué lengua, Virgen santa!
Pero dime, por favor;

no te amedrantas pensando
si á haber llega un *quid pro quo?*

Niña.

Es muy raro; y si sucede,
con mucha alma y sin temor,
á solas á cada cual
se le da satisfaccion;
y al que soberbio no admita
semejante esplicacion,
dándole pronto de baja,
dejo el puesto á otro mejor.

Tutor.

Perfida niña: el oírte
me ha llenado de estupor:
¡tan jóven y tal saber!

Niña.

La presente relacion
que me habeis, señor, oido,
quizá connigo nació;
que la muger siempre sabe
mas que el hombre en el amor;
pero es necesario ser
tan franca y clara cual yo.

No siempre todas por cierto,
hacen pura confesion

de los efectos que abrigan
bajo un modesto exterior;

y así, tened por seguro

que la muger es atroz
diciendo lo que no siente,

pintando sin fin amor;

y en último, las mugeres,
hablando en general, son

habladoras, zalameras,

amigas de adulacion,

envidiosas y orgullosas,

prontas á dar un sofion

si delante se les pone,

aunque sea al mismo sol;

amigas de figurar

y de llamar la atencion;

de llevar lujo y alhajas,

de pasear en landó,

y aun el nombre de coquetas

las den en pública voz,

se aguantan, sufren y callan,

sin decir aqui estoy yo.

Que salirnos, en un todo

con nuestro gusto, señor,



R. 17.472

es mas que lisongearnos
con la mas hermosa flor.

Tutor.

Y la que tiene talento,
si reconoce su error,
¿por qué no evita ese rumbo,
sendero de perdicion?

Niña.

Porque aquella que su planta
en tal sendero imprimió
es tan difícil su enmienda,
como tocar con el sol.

Tutor.

Es así, porque no piensan
que ha de agostar su verdor
la inclemencia de los años
y que entonces con dolor,
al contemplar que son viejas,
solamente su afliccion
les recuerda lo que fueron
los halagos del amor.

Niña.

No puedo, señor, negaros
que en todo teneis razon;
mas la vanidad de un lado,
por otro la presuncion. ...
sostiene, como antes dije,
de la muger la ilusion.

Tutor.

¿Y no sabeis, hija mia,
que de la muerte el furor
llega y siega en un instante
la mas peregrina flor?
¿No comprendeis por ventura,
que al gilguerillo cantor,
jugueton hiende el espacio
con muchísimo primor,
de la florida pradera,
ya girando al rededor,
ya moviendo con sus alas
las hojas del girasol?
¿Mas cuando el pobre se halla
en tan dulce diversion,
cae de pronto en las garras
de algun gavilan feroz.....
y no bien entró en el mundo,
cuando de pronto murió?

Niña.

Que me confieso culpable

os he dicho ya, señor,
y si basta confesarlo,
imploro vuestro perdon.

Tutor.

No reuso concederle,
pero solo á condicion
que arrepentida de todo,
en las aras del amor
no quemarás mas incienso
y abjurarás de tu error

Niña.

Lo que me pedis, ofrezco
asi cumplir desde hoy,
para que públicamente
podais decir con razon:
«que siguió vuestra pupila
«los principios del pudor,
«y por huir los escollos
«del mundo y la tentacion,
«despidiendo á sus amantes
«con desusado rigor,
«lava sus pasadas culpas
«la soledad y oracion.»

Con propósito tan firme

bien satisfecho el tutor
dió su perdon á la niña,
Ella cumplirlo pensó.
emprendiendo nueva vida

de acendrada devocion,
y de no acordarse mas
de cariño ni de amor,
de devaneos ni otras cosas.

Mas por la tarde al balcon
sin querer la inocentilla
y sin pensar se asomó;
y no bien al oficial

haciendo señas le vió,
cuando empezó á conmoverse
su sensible corazon.

Comenzaron los tonteos,
los billetitos de amor,
y de cuanto habia jurado
de otro tanto se olvidó.
Siempre la muger ha sido
(esto sin adulacion)

complaciente, buena amiga,
pero... de mala intencion.

FIN.



CANCION QUE SE CANTA EN EL DRAMA TITULADO

LA SEGUNDA DAMA DUENDE.

Han sonado tres palmadas
y es cerca de anochecer,
y te pones tan de prisa
la mantilla y guardapiés.

¿A dónde vas, niña?
Madre, no me riña,
que voy á rezar
á la Virgen del Pilar.

Salió la niña corriendo
sin un instante esperar,
y la madre quedó en casa
disponiendo que cenar.

¿A dónde vas, niña?
Madre, no me riña,
que voy á rezar
á la Virgen del Pilar.

Pasaron mas de tres horas,
cuando la niña volvió,
y halló á su madre que estaba
esperándola al balcon.

¿Dónde has ido, niña?
Madre, no me riña,
vengo de rezar
á la Virgen del Pilar.

¿Cómo vuelves tan turbada
y perdida la color?
¿siendo ya mas de las nueve
y saliste á la oracion...

Respóndeme, niña.
Madre, no me riña,
vengo de rezar
á la Virgen del Pilar.

Mucho rezo son tres horas
para niña de tu edad;
á no ser las oraciones
para santo muy galan.

Despidete, niña.
Madre, no me riña,
que yo he de rezar
á la Virgen del Pilar.

¿Cuánto polvo has recogido!
¡muy sucia la iglesia está!
si la limpias con la saya,
haces mas que el sacristan.

Sacúdete, niña,
Madre, no me riña,
que esto es de rezar
á la Virgen del Pilar.

¡Tambien polvo en la mantilla!
¡el pañuelo sin atar!
sin duda que te has caido
y lo quieres ocultar.

No me mientas, niña.
Madre, no me riña,
que estuve á rezar
á la Virgen del Pilar.

Yo te juro que en tu vida
no saldrás sola jamás,
pues has venido tan tarde,
y llena de polvo á mas.

Despidete, niña.
Madre, no me riña,
que quiero rezar
á la Virgen del Pilar.

MADRID.—1856.

Se hallará de venta en la Plaza de la Cebada, núm. 96.

